

de Autobuses y entre abrazos y miradas cariñosas deciden irse a comer al Regio. En el asiento delantero, Dany al volante, recuperas la atracción que el Paul ha ejercido siempre sobre ti, observas de reojo sus finas facciones españoladas. Toma tu mano y pasa su brazo por tu espalda a la altura de los hombros. Su piel delicada, sus uñas limpias y bien cortadas, su gusto para vestir de tono casual, el aroma postizo de su loción, te sorprenden agradablemente. Te sientes conmovida por la suavidad de su pelo que acaricias de paso mientras te arrellanas en su pecho.

Después de la comida, en que de nuevo experimentaste esa vieja tristeza que trae consigo alternar con gente que está en la comedia sin fin de la conversación inteligente; te lanzarás a las librerías para llevarte una buena dotación; no volverás hasta los cursos de verano. Algo parecido a la serenidad aflorará en los recovecos de tu vida interior; en la lejana serranía del Sur del Estado, tienes tu Mundo por construir.

CUANDO empecé a alterar los informes sobre Marcia, no lo recuerdo, tal vez fue por diciembre del 71, durante las vacaciones de Navidad, aquel día de su cita con Eduardo en que me dijo que se pondría la bufanda roja que este año me había regalado. Yo me acordé de la cita. Seguramente Licha se había ido a binares con los niños por que recuerdo que disponía de tiempo para mí. Verla entrar fue una corroboración de esas que se sienten como premoniciones, supe que incluso sin la bufanda la habría adivinado. Había sido tantas veces inventar a través de los matices de su voz.

Llegó antes que él y en algún momento, mientras fumaba el café, repasé en mí, distraídamente, para volver a enfrascarme en la lectura de un libro, a intervalos levantaba la vista para ver, con cierta melancolía, las máquinas que devastaban el jardín que las señoras de la Ciudad Tienda SyR decidieron hacer estacionamiento.

Conocerla físicamente me puso en un estado de

CUANDO empecé a alterar los informes sobre Marcia, no lo recuerdo, tal vez fue por diciembre del 71, durante las vacaciones de navidad, aquel día de su cita con Eduardo en que mencionó que se pondría la bufanda roja que éste le había traído de Moscú. Era una tarde espléndida y me lancé al Girasol, con media hora de anticipación a la cita. Seguramente Licha se había ido a Linares con los niños porque recuerdo que disponía de tiempo para mí. Verla entrar fue una corroboración de esas que se sienten como premonitorias, supe que incluso sin la bufanda la habría adivinado. Había sido tantas veces inventada a través de los matices de su voz.

Llegó antes que él y en algún momento, mientras tomaba el café, reparó en mí, distraídamente, para volver a enfrascarse en la lectura de un libro; a intervalos levantaba la vista para ver, con cierta melancolía, las máquinas que devastaban el jardín que los señores de la Ciudad Tienda SyR decidieron hacer estacionamiento.

Conocerla físicamente me puso en un estado de nervios como de adolescente iniciado: sus ojos lumi-

nosos, el fino pelo endiademado con un paliacate rojo, los rizos revueltos sobre la frente, su figura deportiva y elegante. Pero lo que más me impactó fue su sonrisa, ese gesto simpático como de quien no la creía que hizo al saludar a su camarada. Fue como un reto, un desafío, en ese momento supe que algún día me habría de ganar un abrazo así. A partir de ahí se me volvió una necesidad hacerme presente en sus días, entrar en su vida.

Por el tiempo en que me separaron de la Central Mayo para instalar esa oficina con cien líneas de aparatos extensiones, nunca imaginé que un trabajo de rutina me tendería esta encrucijada; que la empresa decidiera ubicar mi planta en el mantenimiento de ese servicio. Como la chamba no era muy pesada cuando les faltaba algún empleado entraba al quite de emergente y, en una de esas que el jefe se dio una vuelta, y supo que le hacía un poco a la mecanografía: pues por qué no le entras, te sostenemos el sueldo de Teléfonos y aquí tendrías otra entrada.

La idea no me gustaba nada, porque una cosa era ayudar cuando se ofrecía y otra jalar, estar con ellos. Yo había estudiado en la Alvaro; anduve manejando el comando, moviendo brigadas en el 68, y ahora, en las asambleas del Sindicato, pues dos tres estaba con la raza que pugnaba por desafanarse de los charros.

La cosa no me gustaba ni madres, pero estaba recién casado, con un chorro de gastos y Licha esperaba el primer bebé. Total que las méndigas presiones me orillaron; también me decidió la circunstancia de que la empresa no iba a enterarse. Desde ahí empezó la vergüenza y mi gradual distanciamiento del edificio sindical; la mentira cuando la raza me preguntaba el

día de la raya, en dónde estaba asignado.

Fue por entonces que el virtual descubrimiento de Marcia, en uno de los cinco teléfonos que debía monitorear, empezó a llenar de sentido los días.

Cuántas veces al estar transcribiendo algunos cassettes, me aturdían sus desdoblamientos: de una conversación contigo, al borde de las lágrimas, diciéndote que se sentía horriblemente, que no podía más, que los compañeros, aparte de carecer de una mínima cultura general, nacos e ignorantes cerriles de todo lo que no fuera el discurso político, eran inmundamente machistas: ahí estaba la historia del camarada que dejó llena de moretones a su compañera porque ésta le exigió el divorcio, para terminar violándola. Que no estaba segura de que fueran revolucionarios por una libre elección ideológica o por enfermedad mental: ahí tenías al otro compañero que se dedicaba a enamorar compañeras para robarlas.

Que la revolución estaba llena de sinvergüenzas. Lúmpenes que no tienen existencia fuera de la militancia, que si se les quita de ahí dejan de existir, que hacían del desaliño y la falta de aseo personal otra bandera, como si hubieran visto en alguna foto a Lenin sin su traje impecable. Que despreciaban al movimiento *gay*, cuando en ellos mismos revelaban un sinnúmero de tendencias homosexuales al impedir el acceso de mujeres a los puestos de dirección —porque finalmente los hombres se entienden mucho mejor entre ellos, se admiran, se retroalimentan, se festejan los chistes, siempre tendrán motivos para los roces casuales, la oportunidad de tocarse. Compañeros que distraían fondos de la organización, de las cuotas, de la venta de periódicos para ondas personales.

Para enseguida contestar, sin la menor sombra de cuestionamiento a nada, sin registrar cambio alguno en su tono de voz característico, como de quien le echa muchas ganas a la vida: sí compañero, ya está listo el informe de los movimientos de este mes en las sucursales señaladas.

Y ahí entraba yo a cambiar sucursales por escuelas; no me explicaba qué les hacía pensar que el sólo trámite de cambiar de número y de nombre al teléfono, era suficiente para estar a salvo. Incluso llegué a pensar que Marcia cometía deliberadamente indiscreciones comprometedoras porque quería terminar cuanto antes con esa ilusión de vida constructiva, se había percatado a tiempo de su inutilidad, pero no tenía salida, no había marcha atrás.

Quise mucho, en ocasiones en que la sabía desoladaza, aparecer en escena. Marcia llamándote la noche de fin de año del 71 para pedirte que fueras a su departamento, que le horrorizaba estar sola en esa noche y tú sin poderla acompañar; para luego marcar, por única vez en los cuatro años, el teléfono de su familia, y colgar.

Llamarla para decirle que me resultaba imposible continuar escuchándola declarar, cada tres meses, sus "estoy locamente enamorada de ti" a Nacho, a Raúl, a Memo; para al final del ciclo oírle llamarte en la madrugada, en tono estremecedor, que le abrieras cancha en tu cama, que no podía seguir, que necesitaba los brazos de un ser humano para sentirse menos estragada, que al día siguiente iría a jalar por ti a la galería, pero que la sostuvieras esa noche, que estaba llegando a la conclusión de que los hombres la dejarían siempre, que las costras de que hablaba Lewis en

*Los hijos de Sánchez*, que van endureciendo a los mexicanos hasta que no les duelen los golpes, a ella nunca se le habían formado, que estaba más vulnerable que siempre —Nata, serán las ganas de tener alguien cerca permanentemente, en cuanto se dan cuenta se vuelven crueles. No vuelvo a decirle a un hombre que lo amo, en cuanto se entere que me gusta, dejo de interesarle; tú sabes Nata, le pongo tanto interés, por qué fallo siempre, por qué los pierdo. ¿Dónde están los hombres que no se quiebran?

Yo, Natalia, a esas alturas, me apuntaba con ella, quería decirle que no todo estaba perdido, que en mí, por ejemplo, podría encontrar el cretino que estaría dispuesto a aguantarla siempre, a partírsela con ella toda la vida, como sus fantasmas familiares exigían, que jamás la dejaría colgada de la brocha, como tanto canalla que le había conocido.

A veces me sorprendía un indescriptible sentimiento parecido a los celos cuando el teléfono permanecía ocupado por más de tres horas en su departamento, cuando sabía que se había citado con alguno de los hombres con los que soñaba envejecer.

Me indignaba que no relacionara contradictorias la bestial disposición hacia el trabajo y su persistencia en la búsqueda de afecto. Reprobaba su conducta, sabía por sus conversaciones contigo, de su necesidad compulsiva de estabilidad: —aunque me tenga que acostar con todos los hombres de Monterrey voy a tener mi compañero de planta. Sin embargo, en todos los amores que le conocí siempre lo echó todo a perder por sus prioridades políticas, incluso con los propios camaradas cuando le llamaban para pedir una tregua: qué tal si dejamos el formato del periódico para otro

día, traigo una morrita. —¿No que las viejas éramos las débiles?, véngase a jalar, a darle.

Me apenaba con ella por sus romances indefinidos, sus declinaciones; sus rupturas me calaban tanto que sus llamadas para pedirte la botella de Fundador —en la quincena te la repongo; me movían a llamarle para decirle que su pinche voz de socialista de café me tenía bien jodido, que la invitaba a hablar, a escucharla, a agarrar la jarra, que le ofrecía mi hombro; mis brazos, ¡chingado! Sus llamadas a medianoche, Natalia, quejándose del frío, que de seguro no iba a llegar a la primavera del 73.

Pero cómo iba a abordarla; cómo iba a tomar mi presentación —figúrate que aquí donde me ves no soy ningún extraño, tengo algunos años de conocerte; mi siniestro trabajo me ha permitido penetrar en tu intimidad; nomás pensarlo hacía que me ruborizara. No, ante ella tendría que ser el hombre superior, maduro, comprometido con su tiempo, que tenía diseñado para su futuro, desde que la oí por primera vez. Tenía que preparar el terreno, todo habría de ser descuidadamente casual, como el encuentro de Santomé con Avellaneda en *La tregua*; aquella novela que leí en la prepa.

Sin tener la menor idea de mi existencia, me provocaba líos con Licha, cuando según esto, me daba por nombrarla dormido y ahí estaba aquélla, despertándome frenética, encabronada: yo matándome en la casa, encerrada con los escuíncles para que el señor se dé la gran vida con la tal Marcia, con ese nombre de puta. Y yo ahí, inerte, demasiado consciente de lo absurdo, de lo ridículo, ante aquella voz áspera y peledora: te voy a pescar con tu movida y la que se te va a

armar.

En esas noches me dio por rondar su edificio de apartamentos; apunté la dirección cuando un compañero de Aguascalientes le llamó para enviarle un paquete con propaganda del gremio ferrocarrilero. No quería tocar a su puerta, esperaba que sucediera algo imprevisto que me permitiera conocerla; lo único que conseguí fue un pantalón roto por una corretiza que me pusieron los nada amistosos perros del barrio. Iba a las funciones de cine, a que te invitaba, con el ánimo de identificarlas por alguna corriente de simpatía misteriosa.

Evitaba regresar a la casa, aunque estuviera agotado me ponía a dar vueltas a la ciudad, que era tal vez lo único que compartíamos, y por ahí andaba las horas de la noche, escuchando su voz sedante y arrulladora en las copias de los cassettes que más me turbaban: sus tesis clasistas sobre los dos centros, el de Morelos con sus tiendas finas y sus bares caros y la Calzada de las palmeras, dispuestas, ahí como por error, con sus cines descotizados por la maldición clasediera; y el corazón de la ciudad en el Colegio Civil. —Si estamos condenadas a morir aquí hay que hacer cosas para que pasen cosas, mira Nata, lo ocurrido en los Constitución fue la última noche de una época, después de ahí nada será igual; qué te parece si mañana en la madrugada nos lanzamos a tomar *El Norte* por asalto, para poner en primera plana la noticia de la desaparición del PRI y los festejos a celebrarse en el ex templo de El Roble.

Regresaba a casa aturdido y de mal humor, tendido en la cama, oyendo la respiración de Licha, me determinaba al día siguiente, sin barras, llamarla para

pedirle una cita, hacerle ver que su solicitud a la escuela de cuadros de la Organización era firmar su sentencia de muerte; que me desolaba su entusiasmo; su romanticismo trasnochado no le servía para nada al país, a la raza no le importaba que ella y su grupito les anduvieran haciendo el favor de darse en la madre por ellos.

Que no fuera truculenta, los judíos no repararían en su brillante educación, sería una comunista más a coger, a atormentar. Que ya dejara de parodiar personajes: —oye Nata, cuando nos lleve, habrá alguien en este pueblo que escriba sobre nosotras, como la Hellman de su amiga Julia, como las cosas lindas que he leído de Tina Modotti. Que no quería perderla, como si alguna vez la hubiera tenido.

Me pasaba las noches en blanco, registrando los ruidos exteriores del barrio, sabía el destino de los informes, de alguna forma era también un verdugo, me sentía exhausto, asqueado, culpable, cuando el sueño me vencía despertaba súbitamente, con un miedo mortal. Me juraba que al día siguiente la iba a buscar para prevenirla. Vivía nervioso, en casa, la sola presencia de Licha me hacía sentir profundamente incómodo, bastaba que sonara el timbre del teléfono para sobresaltarme irritado; los lloriqueos de los niños me hacían rechinar los dientes; nos cortaban la luz porque olvidaba pagar los recibos. Me movía en un vértigo irreal, traía los sentidos embotados, creía todo inútil, las discusiones con Licha me aburrían. ¿Con quién compartir mi secreto, mi cobardía?

Como aquella noche, cuando te habló desesperada sin saber qué hacer, acababa de ver a un tipo en el patio de atrás, intentando abrir la puerta de la cocina.

Temía, por el material guardado, que algún vecino lo viera y llamara a la patrulla. Y si era la propia policía que venía a hacer un registro; y tú: pélate de inmediato, y ella: —ni en cuenta, soy responsable de las cajas, voy a encender las luces del patio a ver qué hace; la tiranía no anda merodeando, te caza y ya; ahorita te hablo. Y yo, en agonía, durante la pausa glacial, en un me lanzo, y luego ¿qué hago?, se va a asustar más, no me conoce. Para enseguida: —listo, se fue, se cisqueó todo, lo vi cuando brincó la barda. Cómo era posible que la dejaran sola; me afloraba su imagen en el Girasol, pálida y tranquila, educadamente cinematográfica.

Me molestaban las alusiones sarcásticas hacia Marcia en las conversaciones que mecanografiaba, me repugnaba el constante rejuego falaz de la intriga y la contraintriga. Quería decirle que había quien sospechaba de su entrega, de su gran seriedad en el cumplimiento de las tareas. Que les inspiraba desconfianza su procedencia de la Obra Cultural Universitaria, su trato con los jesuitas, por más progresistas que éstos se dijeran. Su forma de trato comedida y respetuosa y su inclinación a las lecturas literarias eran interpretadas como un indicador de fragilidad política. Estaban también los comentarios brutales sobre su vida privada a la que no tenían acceso militantes de la Organización y en la que no hacía concesiones.

Hubo quien la consideró policía por su tendencia a regalar novelas y libros de poesía a los compañeros, porque en el fondo lo que perseguía era mediatizarlos. Varios de sus más cercanos camaradas encontraron como una jaladota el detalle de haberle regalado a Revueltas, cuando vino a Monterrey, sus medallas de

Aprovechamiento, Urbanidad y Conducta que había recibido en el colegio; lo único que trajo con ella cuando se salió de su casa.

No gracias, no tomo café. En cuanto me enteré de su detención, me lancé a 5 de Mayo a las oficinas de la Judicial; como suelo ir a arreglar algún aparato no desperté interés. Pude verla cuando la trasladaban a una vagoneta, caminaba cojeando, la mirada ausente, paralizada por el terror de la paliza de recepción. Se la llevaron a Saltillo.

Me atreví a llamarte. Me sobrepuse a ese sentimiento de indecisa y derrotada fatiga que he arrastrado todos estos años; aunque te suene impúdico, por todas tus conversaciones, del 69 al 72, sostenidas con Marcia, sé que eres la única persona con quien podría hablar; aunque esté condenado a tu desprecio.

Llegó la hora de ejecutar mi número y venía a pedirte que se movilicen, que impidan que le hagan más daño, que la vayan a desaparecer. Camino aquí, escuché en la radio la noticia del secuestro del avión; con los hijos del gobernador en ese vuelo, la vida de Marcia está garantizada. Por lo tanto, Natalia, te agradezco me hayas recibido, les sugiero que adopten un mayor rigor en las medidas de seguridad y por supuesto, que recuerdes: esta entrevista nunca tuvo lugar.

## Nosotros, los de entonces

Llegar al departamento sobre el cantón, servirte un escocés, al retirarte por los hijos; instalarte en el sillón, cerrar los ojos, prender la televisión, servirte la segunda, apagar la televisión. Cortar las cortinas; arrebata arriba, para armonizar con tu nostalgia, la gris cercanía de las nubes te acaba de lajar de abatimiento. Te impugna, como siempre, no haberte salido en el pasado, para verlo todo desde lejos, para no encontrarla de improviso.